

*II Jornada Walter Benjamin: La política después de la caída de la experiencia*

Centro de Investigaciones en Filosofía, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata

5 de julio de 2018

Título del trabajo:

**La dialéctica de las huellas en Walter Benjamin: entre la destrucción y la remembranza.**

Autora: Anabella Di Pego

Pertenencia institucional: CONICET/UNLP (CieFI-FaHCE)

**Palabras preliminares**

La noción de huella desempeña un papel central en los escritos benjaminianos de la década del treinta. Sin embargo, no se encuentra exenta de ambivalencias, siendo posible identificar diversos registros: las huellas de la experiencia y de la narración, las “huellas” del interior burgués, las huellas en las fotografías y las huellas de la historia. En “Experiencia y pobreza” [1933] y en “El narrador” [1936] se despliega la concepción benjaminiana de la huella en relación con su diagnóstico del empobrecimiento de la experiencia. En “El carácter destructivo” [1931] y especialmente en el convoluto I “El interior, la huella” de la *Obra de los pasajes*, encontramos esbozada una teoría de la huella íntimamente vinculada con el interior burgués, el habitar y la existencia estuche [*Gehäusewesen*] hacia finales del siglo XIX. En el último párrafo de “Pequeña historia de la fotografía” [1931] Benjamin sostiene que la fotografía de Atget puede compararse con las fotos de la escena del crimen. Así, aunque se hayan intentado borrar las huellas, la fotografía de Atget permitiría “descubrir la culpa en sus imágenes y señalar a los culpables” (*GS II*, p. 385; *OB II/1*, p. 403). La historiografía dominante misma parece proceder a un borramiento u ocultamiento de las

huellas, y frente a ello, en “Sobre el concepto de historia” [1940], las huellas aparecen como los vestigios de esa historia de los oprimidos que es preciso salvar del olvido. En su carácter de “avisador” de incendios (Löwy, 2003; Reyes Mate, 2009), Benjamin estaría presagiando el punto nodal de la política nazi de los campos de concentración y exterminio, en donde no sólo se procura dar muerte a las víctimas sino más precisamente borrar las huellas de su existencia, es decir, de su paso por el mundo, haciendo como si en realidad “nunca hubiesen existido” (Arendt, 1999, p. 549) y eso implica, por supuesto, limpiar la escena del crimen y hacer desaparecer la prueba del delito con la incineración de los cuerpos.

En este contexto, el posicionamiento benjaminiano nos permite pensar una forma de hacer frente al borramiento de las huellas en la historiografía dominante y en las prácticas políticas del siglo XX. Sin embargo, en “Experiencia y pobreza” Benjamin celebra el estribillo de un poema de Bertolt Brecht que proclama: “¡Borra las huellas!” (*OB II/1*, p. 220). Entonces, parecería que Benjamin se resiste al borramiento de las huellas pero al mismo tiempo, siguiendo a Brecht postula la necesidad de borrar las huellas. En este trabajo nos detendremos en esta cuestión con el objeto de mostrar que esta aparente paradoja resulta esclarecida si consideramos los distintos registros y significados del concepto de huella en la obra benjaminiana. Nos detendremos especialmente en las huellas de la experiencia y la narración que se están desvaneciendo –primer apartado– y en la proliferación de las huellas en el interior burgués y en la existencia estuche –segundo apartado–. Por cuestiones de espacio, apenas podremos retomar brevemente hacia el final la cuestión de las huellas de la fotografía y de la historia. Nuestra tesis sostiene que no sólo hay registros diversos de las huellas en Benjamin sino que estos constituyen un campo de fuerza en donde emerge una dialéctica de las huellas entre la destrucción y la remembranza que se encuentra a la base de la concepción política benjaminiana.

### **La huella, la experiencia y la narración**

En “Experiencia y pobreza” [1931], puede apreciarse el íntimo vínculo que Benjamin establece entre tener experiencia y la tarea del narrador, en la medida en que ambos se vinculan con las huellas, como aquellas marcas que hacen que algo sea propio, es decir, que tenga rasgos singulares. El narrador elabora la experiencia dejando su huella como el alfarero en la vasija que moldea. Por eso, la narración remite a una forma artesanal de

comunicación de experiencias en la que a través de capas sedimentadas pueden apreciarse las huellas irrepetibles de los sucesivos narradores. Las huellas comparten las tres características del aura: (i) su singularidad, es decir su unicidad o su “existencia irrepetible” [*einmaliges Dasein*]; (ii) su autenticidad [*Echtheit*], que se manifiesta “en el aquí y ahora del original” [*das Hier und Jetzt*]; y (iii) su inmersión en la tradición, que configura el modo de su transmisibilidad<sup>1</sup>. Sin embargo, las huellas y el aura detentan una relación espacio-temporal inversa, tal como señala Benjamin en el convoluto M, la huella remite a una cercanía por lejana que pueda estar y el aura a una lejanía por cercana que pueda estar<sup>2</sup>; pero ambas son singulares, es decir, irrepetibles, detentan autenticidad y se insertan en la tradición y por ello resultan transmisibles. En este sentido, la reproductibilidad técnica no sólo trae consigo la caída del aura sino también la desaparición de la huella. Esta imposibilidad de dejar huellas es una de las facetas de la pobreza de la experiencia, en la era de la producción en serie y la masificación ya no parecen quedar resquicios para lo irrepetible y lo auténtico, y pelagra la transmisibilidad porque ya no hay legado que amerite ser preservado.

La huella remite precisamente al pasado, es la marca de algo que ya no está, pero no obstante persiste en la forma de un legado. La pobreza de la experiencia es precisamente la imposibilidad de la huella en el doble sentido de que ya no hay legado –la tradición se ha roto– y ya no se pueden dejar marcas propias. Doble imposibilidad que está marcando una ruptura antropológica, es decir, una transformación de los seres humanos en “criaturas completamente nuevas” (OB, II/1, p. 219; GS II/1, p. 216: “*neue sehensliebenswerte Geschöpfe machen*”).

De manera que, la pobreza de la experiencia implica la imposibilidad de dejar huellas propias e irrepetibles, y conlleva el final de la narración y con ello entra en crisis la transmisibilidad y el lenguaje en general. Parece así que el empobrecimiento de la experiencia se erige en signo de la tendencia creciente a la extinción del ser humano tal como lo conocíamos para devenir una criatura irreconocible. Frente a esta situación, no cabe ningún refugio que pretenda aferrarse a eso que se extingue, sino que deberá propiciarse su destrucción. Aquí nuevamente la analogía con el aura puede resultar

---

<sup>1</sup> „Noch bei der höchstvollendeten Reproduktion fällt *eines* aus: das Hier und Jetzt des Kunstwerk – sein sinmaliges Dasein an dem Orte, an dem es sich befindet [...] Das Hier und Jetzt des Originals macht den Begriff seiner Echtheit aus [...] *Innerhalb großer geschichtlicher Zeiträume verändert sich mit der gesamte Daseinsweise der menschlichen Kollektiva auch die Art und Weise ihrer Sinneswahrnehmung*“ (GS I/2, pp. 475-478).

<sup>2</sup> “La huella es aparición de una cercanía, por más lejos que ahora pueda estar eso que la ha dejado atrás. El aura es aparición de una lejanía, por más cerca que ahora pueda estar lo que la convoca nuevamente. En la huella nos apoderamos de la cosa, el aura se apodera de nosotros” (OB V, M 16 a, 4).

esclarecedora. Frente al desvanecimiento del aura no es posible recrearla como se intentaba vanamente con el retoque de las fotografías, sino que es preciso asumir la liquidación del aura. Esto significa el final del arte aurático pero no del arte, puesto que Benjamin se propone pensar el nuevo tipo de arte no aurático que puede vislumbrarse en el cine y la fotografía. De manera análoga, proponemos que la imposibilidad de dejar huellas, significaría el final de la experiencia tal como la conocíamos hasta ahora, pero a su vez esto podría dar lugar a una experiencia sin huellas. Asimismo, ya no se trataría del intento inútil de recrear huellas cuando se han erosionado las condiciones que las hacían posible sino de liquidar o borrar las huellas como propone Brecht en su poema “Manual para habitantes de ciudades”. Para comprender esto nos adentraremos a continuación en el derrotero de las huellas en el interior burgués y en su modo de habitar.

### **La huella del interior burgués, el habitar y la existencia estuche**

Las huellas del interior son un refugio del burgués frente al empobrecimiento de la experiencia y la pérdida de sentido compartido, una especie de “ilusión consoladora” (Gagnebin, 1999, p. 60) de que todavía es posible dejar una marca propia ahora en la reclusión de un interior acogedor. Por eso, la predilección de la época por los estuches [*Gehäuse*] de felpa, ese material mullido, confortable, cálido y sensible a la impresión de las huellas de los objetos alojados o de quién los usa. El auge de los estuches muestra la necesidad de cubrir, envolver, proteger los objetos, y de manera análoga la vivienda se vuelve el estuche del hombre, que bajo el pretexto de la protección lo encubre, lo encierra, lo encapsula. Habitar, sostiene Benjamin, “consiste en fabricarnos un estuche” (PA I 4, 5, p. 239; GS V, p. 292), en el que nuestra existencia resulta profundamente insertada o encajada como los objetos en las ranuras de terciopelo.

El convoluto I de *La obra de los pasajes* titulado “El interior, la huella” constituye la clave para descifrar el habitar “en su forma más extrema como un estado existencial del siglo XIX” (PA I 4, 4; GS V, p. 291), en el que se sustenta la denominada “existencia estuche”:

La forma prototípica [*Urform*] de todo habitar no es estar en una casa, sino en un estuche [*Gehäuse*]. Éste exhibe la estampa [*Abdruck*] de su habitante. En último extremo la vivienda se convierte en estuche [*Gehäuse*]. El siglo diecinueve

estaba más ansioso de habitar que ningún otro. Concibió la vivienda como funda para el hombre [*Futteral des Menschen*], insertando a éste, junto con todos sus complementos, tan profundamente en él, que se podría pensar en el interior de la caja de un compás, donde el instrumento yace encajado junto con todos sus accesorios en profundos nichos de terciopelo, casi siempre de color violeta. Para qué cantidad de cosas no inventó estuches [*Gehäuse*] el siglo diecinueve: para relojes de bolsillo, pantuflas, posa huevos, termómetros, naipes; y, a falta de estuches [*Gehäuse*], fundas [*Schoner*], alfombras [*Läufeln*], mantas [*Decken*] y cobertores [*Überzug*]. (*PA I 4, 4*, p. 239; *GS V*, p. 292)

El estuche exhibe las huellas de quién lo habita, pero resultan ser huellas “impresas” por un tipo o molde que las vuelve indistinguibles. No son huellas singulares, propias, sino “estampas” en serie para sujetos-objetos uniformes. Por eso, en la cita precedente, Benjamin utiliza la palabra “Abdruck” y no simplemente “Spur” porque refiere a una estampa o impresión según un molde, dado que “Druck” en alemán significa imprenta. Con lo cual, la huella del interior burgués es una símil huella, es decir, una huella no singular ni irrepetible, sino producto de una repetibilidad técnica. De manera que estas huellas son una repetición del eterno retorno de lo mismo, es decir, “ofrendas del pasado” (*OB*, II/1, p. 219) al servicio de la moda.

Por eso, en el convoluto I, Benjamin advierte respecto de la “proliferación de las huellas debido al moderno aparato administrativo” (*PA*, I 6 a, 4, p. 243) y esboza una “teoría de las huellas” en la que señala que de manera análoga a como en el proceso de producción la máquina vuelve prescindible la experiencia de la práctica, en el proceso administrativo se prescinde de la práctica y se propaga la huella-molde repetitiva. Es decir, en el ámbito administrativo no se responde a un requerimiento contemplando la situación particular sino remitiéndolo a un procedimiento o normativa que lo contemple, anulando esta vía la resolución práctica a través de la interacción humana. Benjamin contrapone citas de Rousseau y de Conrad donde puede apreciarse el desplazamiento desde el papel protagónico de la experiencia del funcionario forjada en la práctica durante el siglo XVIII, hacia la actividad mecánica o en serie de tratamiento administrativo hacia comienzos del siglo XX, en la cual las personas se vuelven “simples números que existían únicamente para ser inscriptos en enormes libros y registros” (*PA I 8, 1*), a la par que los funcionarios ya no requieren destreza alguna sino

sólo un adiestramiento repetitivo en la aplicación de procedimientos para los que se sirven de la huella devenida estampa [*Abdruck*].

Así tanto los funcionarios como quienes acuden a la administración culminan siendo subsumidos en la existencia estuche que los vuelve núcleos reemplazables de envoltorios, en apariencia, acogedores pero a la vez asfixiantes. Estuches en los que se imprimen huellas simuladas, rastros de las marcas propias de la experiencia del pasado que se desvanecen. La pobreza de la experiencia trae consigo también esta devaluación de las huellas propias en huellas-estampa reproducibles mecánicamente. El habitar en el modo del interior burgués ha convertido lo propio en impropio permitiendo la proliferación de huellas indistinguibles presentes en los mobiliarios y los adornos de moda. El habitar como estuche bajo una cobertura de comodidad y seguridad, modela una existencia encerrada en sí misma y a la vez invariablemente repetible, en la que se consume el moderno “proceso de alienación” (*PA I 7 a, 1*).

En este punto, quisiera detenerme brevemente en la existencia estuche como forma de vida recluida en el interior (lo privado) y forjada a medida del estuche en el que habita. La palabra que utiliza Benjamin es “Gehäuse”<sup>3</sup> aunque también a veces recurre a la variante francesa “Etui”. El estuche con su interior de felpa protege aquello que en él se guarda (una joya, un reloj, etc) y por eso la “antigua cultura del habitar” coloca a la seguridad en primer lugar. Pero al mismo tiempo lo moldea, es decir, no es el estuche el que se adapta a lo que en él habita sino quién habita el que se adecua al estuche. Para el burgués de finales del siglo XIX, su estuche es el “*intérieur*” que “obliga a su habitante a aceptar el máximo de costumbres, las cuales hacen justicia más al *intérieur* que a su habitante” (*GS II/1, p. 221*).

Ante esta consolidación de este modo de ser del estuche con su consecuente multiplicación de huellas devenidas estampas en serie que caracteriza la vida de comienzos del siglo XX, Benjamin propone, siguiendo a Bertolt Brecht, borrar las huellas. De ahí que celebre “El carácter destructivo” [1931], cuya consigna es “hacer sitio” y “despejar”, es decir, la búsqueda de “espacio libre” y “aire fresco” (*OB, IV/1, p. 346; GS IV, p. 397*). Para hacer espacio es necesario quitar las huellas y por eso, se

---

<sup>3</sup> Weber utiliza la expresión “ein stahlhartes Gehäuse” (1983), que literalmente podría traducirse por estuche o envoltura de acero, lo que se ha vertido al español como “férreo estuche” (traducción de Luis Legaz Lacambra) o “férrea envoltura” (traducción de José Almaraz y Julio Carabaña) en función de evocar “un caparazón duro y opresivo” (Fidanza, 2004, p. 4). En otras traducciones también se optó por “jaula de acero” (José Luis Villacañas) y por “jaula de hierro” (Francisco Gil Villegas en su versión revisada de la traducción de Legaz Lacambra). La expresión “jaula de hierro” proviene de la traducción al inglés de Talcott Parsons que se refiere a “iron cage”.

declara enemigo de la “existencia estuche” [*Etui Mensch*] borrando las huellas atesoradas por los burgueses en sus interiores afelpados y borrando incluso las huellas de su propia destrucción.

### **Breve excursión sobre la arquitectura**

Tal vez, sea en la arquitectura moderna donde se pueden ver realizados algunos de los propósitos del carácter destructivo. En el convoluto M, Benjamin rescata una cita de Sigfried Gideon sobre la arquitectura de Le Corbusier que bien podría haber sido escrita por él mismo, en donde haciendo implosionar la compartimentación burguesa aparece la idea de la ruptura de la espacialidad, la circulación de aire, la ampliación del espacio, la disolución de lo interior y lo exterior, y la caída de las envolturas, y por tanto, el socavamiento de la existencia-estuche.

Las casas de Le Corbusier no poseen ni espacialidad ni plasticidad: ¡el aire circula por ellas! ¡El aire se convierte en el factor constitutivo! ¡No vale para ello ni el espacio ni la plástica, sólo la relación y la interpenetración! Hay un único espacio indivisible. Entre el interior y el exterior, caen las envolturas”  
Sigfried Gideon, *Bauen in Frankreich*, p. 85. (*PA M 3 a, 3*, p. 428)

La arquitectura moderna radicaliza el devenir exterior del interior, al socavar la espacialidad compartimentada burguesa abriendo paso a la circulación de aire, a la movilidad, a la amplitud de un espacio interior que se abre al exterior y un exterior que penetra hasta el interior. El aire y la luminosidad y la transparencia, hacen que el habitar en lugar de ser un estar confinado a un estuche, sea una experiencia del flujo, de la circulación, de la oscilación que disuelve las barreras entre el interior y el exterior. Le Corbusier capta el movimiento por el cual “con su porosidad, su transparencia, su esencia despejada y de aire libre, el siglo veinte acabó con el habitar en el antiguo sentido” (*PA I 4, 4*, p. 239) y lo radicaliza, efectuando con su arquitectura la liquidación del habitar tradicional. La arquitectura moderna hace caer los envoltorios, liquida el viejo habitar-estuche vinculado al interior burgués, puesto que no moldea ni da forma – no hay plasticidad– sino que nos abre el espacio y el tiempo. La arquitectura moderna se erige así en el umbral que permite dejar atrás la mitología de la casa (*PA L 1 a, 4*:

413; *GS V*, p. 513) con su triple apoyatura: el interior, el estuche y la huella (abriéndonos hacia las huellas inmemorables del pasado).

“El *Jugendstil* conmovió en lo más profundo la mentalidad del estuche [*Gehäusewesen*]” (*PA I 4*, 4, p. 239; *GS V*, p. 292) y dentro de este movimiento, la arquitectura moderna resultó clave para comprender las implicancias de la afirmación benjaminiana de que el habitar en su viejo sentido “hoy ya no existe” (Ibíd.). Junto con el socavamiento del habitar-estuche, la arquitectura también efectúa la disolución final de las huellas. Con la revolución de la construcción en vidrio [*Glas*] y en hierro [*Stahl*] —especialmente en el caso de Scheerbarth y la Bauhaus respectivamente—: “han logrado crear espacios [*Räumen geschaffen*] en los que es muy difícil dejar huellas [*Spuren zu hinterlassen*]” (*OB*, II/1, p. 220; *GS II*, p. 218).

En lugar del estuche tenemos la circulación de aire y la movilidad que erosiona el espacio compartimentado, y en lugar de las huellas-estampas repetitivas se abre un tiempo pleno en posibilidades. No sabemos bien qué sería la experiencia bajo estas nuevas condiciones, pero podemos estar seguros que ya no consiste en dejar huellas sino en una experiencia de la oscilación, del movimiento, de la circulación. Frente a la pobreza de la experiencia, la arquitectura moderna responde radicalizando este movimiento a través de la liquidación de la interioridad de la vivienda, de la existencia-estuche y de las huellas —y por tanto de lo propio y del aura (*OB*, II/1, p. 220). A la proliferación de la huella devenida estampa en serie, la arquitectura responde con la imposibilidad de dejar huellas de la cultura del vidrio que “transformará por completo al ser humano” (*OB*, II/1, p. 221). No sabemos en qué transformación estaba pensando Benjamin, pero sí nos advierte que no se trata de un nuevo ser humano sino más bien de criaturas completamente nuevas que desafiando las concepciones tradicionales del espacio y del tiempo emprenden una reconfiguración profunda de la experiencia, que ya no remite a la perdurabilidad y estabilidad de la huella sino que responde al movimiento, a la oscilación y a la circulación del aire. Abriendo el espacio y el tiempo a nuevas dimensiones, la arquitectura moderna parece aproximarnos al cumplimiento de las palabras de un temprano poema de Rilke que Benjamin rescata en el convoluto S denominado “Pintura, *Jugendstil*, novedad”: “Ése es el anhelo: vivir en el ir y venir [*Gewoge*], y no tener patria en el tiempo” (*PA S 4 a*, 2, p. 565; *GS V*, p. 684). De este modo, si la experiencia tradicional del habitar parecía forjarse en torno de un tiempo encapsulado y concebido en analogía al espacio, la arquitectura moderna parece no sólo



invertir esta relación para repensar el espacio a través del tiempo y del movimiento, sino más radicalmente hace estallar las concepciones del tiempo y del espacio, liquidando la oposición interior-exterior, cerrado-abierto, carácter estático-movimiento, para hacer de la experiencia un ir y venir incesante, un movimiento, un flujo que socava la existencia estuche despojándola de sus envoltorios.

### **Las huellas en la historia**

La proliferación de las huellas-estampa del interior burgués responde, como hemos visto, a la reproducción técnica y obtura la posibilidad de rescatar las huellas del pasado. Por eso, la destrucción y el borramiento de los símiles de huella, permite hacer sitio para que afloren las huellas invisibilizadas de la historia. En “Imágenes que piensan” Benjamin apuntaba: “Esconder significa dejar huellas. Pero unas que sean invisibles” (*OB*, IV/I, p. 348). Cuando se procura esconder algo se deja huellas aunque estas sean invisibles y así el empobrecimiento de la experiencia no consistiría en la completa desaparición de las huellas sino en su ocultamiento bajo la acumulación de estampas en serie. De ahí la importancia de los mecanismos que podrían volver a hacerlas visibles, la fotografía de Atget presenta precisamente a la ciudad como una escena del crimen donde se ha procurado ocultar las huellas pero sin poder borrar completamente su rastro que puede ser reconstruido en esas imágenes. La fotografía supone la reproducción de la huella-estampa pero al mismo tiempo sus imágenes pueden permitir visibilizar las huellas que yacen ocultas y frente a las que se impone la tarea de salvarlas del olvido. Así, mientras que frente a las huellas del interior burgués Benjamin remite al carácter destructivo para que sean borradas, de cara a las huellas de la historia se impone la tarea de la remembranza [*Eingedenken*]. A su vez, las huellas del interior son estampas en serie, suponen la intención de dejar una marca “propia” como individuos, y debido a su impostura, se impone la tarea de borrarlas; en tanto que las huellas de la historia son vestigios singulares de una época, signadas por ser no intencionales y por su carácter colectivo, que debido a su precariedad requieren de una política del recuerdo que supone un trabajo de remembranza. En la tesis XV, Benjamin vincula la conciencia de hacer saltar el continuum de la historia con la acción revolucionaria y en particular con la introducción de un nuevo calendario, en el cual los días festivos remiten al día de remembranza [*Tage des Eingedenkens*] o conmemoración del nuevo comienzo. Estos calendarios no miden el tiempo como los relojes, sino que son monumentos de una

conciencia histórica, de la que en Europa desde hace cien años no parecen ya quedar huellas [*Spuren*], pero que todavía se manifestó en la Revolución de Julio cuando en París se disparó simultánea e independientemente contra los relojes de las torres durante el primer día de combate. La tarea de la remembranza remite a la ruptura de la continuidad de la historia y a las escasas huellas de esta conciencia de interrupción del tiempo histórico. Las huellas son vestigios del recuerdo “tal como éste relampaguea [...] en el instante de su cognoscibilidad” (*OB*, I/2, p. 307, tesis V) puesto que no siempre se encuentran visibles sino que es necesario adentrarse en las profundidades de lo olvidado y en los despojos y ruinas de la historia. Esta es la especificidad de la tarea del historiador materialista que Benjamin aborda en su último escrito.

Procuramos así mostrar que encontramos en su obra una política de destrucción de la huella del interior burgués –en serie, individual, intencional– encabezada por la arquitectura moderna–, a la vez que una política de remembranza de la huella histórica –singular, colectiva, no intencional– encabezada por el historiador materialista benjaminiano–. Así, a pesar de las acepciones divergentes en torno de la huella, ambas parecen poder confluir en una práctica histórico-política complementaria que articula destrucción y preservación. Encontramos así una dialéctica de las huellas en el abordaje benjaminiano que a través del borramiento de la huella-estampa y de la destrucción de la existencia-estuche, abre paso a la emergencia de las escabullidizas huellas del pasado. De este modo, la concepción política de Benjamin se sustenta en un movimiento que borrando las huellas-estampas permite la remembranza y preservación de las huellas del pasado transformando radicalmente la experiencia.

### **Abreviaturas**

*GS*: Benjamin, W. *Gesammelte Schriften* (Bände I-VII). Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (eds.). Frankfurt am Main: Suhrkamp.

*OB*: Benjamin, W. *Obras* (Volúmenes I, II, IV, V y VI). Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (eds.). Madrid: Ábada.

*PA*: Benjamin, W. *Libro de los Pasajes*. Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (eds.). Trad. de Luis Fernández Castañeda, Isidoro Herrera y Fernando Guerrero. Madrid: Akal.

## Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (1999). *Los orígenes del totalitarismo*. Trad. de Guillermo Solana. Madrid: Taurus.
- Benjamin, W. (1991). *Gesammelte Schriften* (Bände I-VIII). Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (eds.). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los Pasajes*. Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (eds.). Trad. de Luis Fernández Castañeda, Isidoro Herrera y Fernando Guerrero. Madrid: Akal.
- Benjamin, W. (2007). *Obras*, Libro II, vol. 1. Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (eds.). Trad. de Jorge Navarro Pérez. Madrid: Abada.
- Benjamin, W. (2008). *Obras*, Libro I, vol. 2. Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (eds.). Trad. de Alfredo Brotons Muñoz. Madrid: Abada.
- Benjamin, W. (2010). *Obras*, Libro IV, vol. 1. Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser (eds.). Trad. de Jorge Navarro Pérez. Madrid: Abada.
- Benjamin, W. (2015). El retorno del flâneur. Trad. de Santiago Woollands de W. Benjamin (1991). *Gesammelte Schriften* (tomo III) (pp. 194-199). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Gagnebin, J. M. (1999). *História e narração em Walter Benjamin*. São Paulo: Perspectiva.
- Löwy, M. (2003). *Walter Benjamin. Aviso de incêndio*. Trad. de Horacio Pons. Buenos Aires: FCE.
- Reyes Mate, M. (2009). *Medianoche en la historia. Comentarios a las Tesis de Walter Benjamin «Sobre el concepto de historia»*. Madrid: Trotta.
- Weber, M. (1983). La ética protestante y el espíritu del capitalismo. En *Ensayos sobre sociología de la religión* (Tomo I) (pp. 23-167). Trad. de Luis Legaz Lacambra. Madrid: Taurus.